

Mariano Vara

Tren de ida y vuelta



Un viaje a la libertad,
el amor y la muerte



LA ESCUELA DEL AVE MARÍA Y LOS RECUERDOS

Diez horas, veinte horas... Un día, dos días... Cuando tienes la certeza de que vas a morir sólo te quedan los recuerdos y un puñado de lágrimas. El oficial al que han asignado mi defensa acaba de salir de la celda, después de repetirme una y otra vez que no conseguirá ablandar al tribunal si no reniego de mi pasado. Dice haber puesto en manos de Dios sus pocas esperanzas. No se ha atrevido a mirarme a los ojos, señal evidente de que las cosas están muy mal. Se me acusa de traición a la patria y colaboración con el enemigo, lo que normalmente se paga frente a un pelotón de fusilamiento. O con la cadena perpetua, que es como morir muy lentamente.

Es verdad que he visto mucha muerte en los tres últimos años de mi vida, pero también saben que yo nunca he matado a nadie. Da igual... Creo que mi destino quedó marcado en el momento de mi detención a las puertas de un bar en Orihuela. Las autoridades militares han recibido un buen número de cartas pidiendo clemencia, pero todo les es indiferente. Lo que ellos temen son las ideas, mucho más que las pistolas. Desde que acabó la guerra son diarios los juicios su-

marísimos que preceden a la muerte, única fórmula que, al parecer, utilizan para construir su nueva sociedad. Un país uniforme, sin resquicios, de pensamiento único. Parecen tener claro que esa sociedad es posible con cárceles y cementerios. Por esta razón quieren que abrace el nuevo orden y deje en el olvido el pasado, los recuerdos... Mi vida, según palabras de mi defensor, depende de que firme un documento de arrepentimiento por todos los errores cometidos. He llegado a ser un escritor reconocido y ese mea culpa sin duda sería utilizado para lavar en lo posible tres años de sangre. Pero no...

No entienden nada. ¿Cómo olvidar a mi hermana muerta, el cielo azul de mi pueblo, a mis amigos del equipo de fútbol, o a todas aquellas personas que me prestaron sus libros y me hicieron ver un horizonte más allá de las tabernas o del ganado? ¿Cómo no recordar a grandes amigos como Pablo Neruda, Vicente Aleixandre o Manolo Altolaguirre, que me abrieron el corazón a un mundo nuevo donde la libertad era tan importante como el aire que respiramos? Vivir entre cabras era el destino que yo tenía preparado al nacer; destino similar al de casi todos los chavales de origen humilde de Orihuela, al de todos los niños yunteros de España.

En aquella época los habitantes de Orihuela estábamos encasillados en compartimentos estancos, incomunicados unos y otros por la posición social y el dinero. La burguesía y el clero tenían todo el poder

y sus puntos de reunión. El Casino Orcelitano o el Apostolado de la Oración eran locales donde se gestionaba la vida de toda la población. Al otro lado de esa raya invisible estaba el Círculo de Labradores, lugar obligado de encuentro de todos aquellos cuya vida de miseria y explotación estaba escrita desde el mismo instante de su nacimiento.

Mi padre no pertenecía de una forma clara a ninguno de estos dos grupos. Se dedicaba al ganado y, si bien es verdad que pastoreaba sus propios animales, la compraventa de cabras y ovejas le permitía un bienestar superior al de muchos de sus amigos. Él y mi madre, Concheta, vivían en una pequeña casa situada en la calle de San Juan. Allí nací, al igual que Vicente y Elvira, mi hermano y hermana mayores. La familia empezaba a ser grande, lo que hizo necesario buscar una nueva vivienda que mi padre encontró en la calle de Arriba. Era una casa encalada y bonita, con un patio muy grande en el que crecían higueras y un limonero. Tenía también un pozo del que sacábamos agua con un cubo de latón. Al fondo del patio estaba el corral donde se instalaron los pesebres para el ganado. Una puertecita de color azul daba a una calle polvorienta que se perdía entre los primeros riscos de la sierra. Por esa misma puerta entró también el primer recuerdo que llamó poderosamente mi atención: las colas de mendigos harapientos que esperaban los restos de comida de los alumnos residentes en un colegio que se levantaba a pocos metros de mi casa. Muchas veces me

quedaba ensimismado ante sus rostros envejecidos y demacrados. Hasta que la voz de Elvira me devolvía a la realidad:

—¡Miguel! —gritaba—. Te estamos esperando para comer y ya sabes que a padre no le gusta esperar.

Mi padre era un hombre duro y autoritario, muy a la antigua... Quería educar a sus hijos dentro de una disciplina propia de su tiempo. Las chicas sólo debían aprender lo necesario para un buen matrimonio. Los chicos, lo imprescindible para la continuación del negocio familiar, y yo no podía ser la excepción. Fueron incontables los días en que mi hermano Vicente me despertaba cuando aún no había amanecido. Elvira también se levantaba muy temprano y se encargaba de preparar el almuerzo que luego comíamos en el campo. Cuando comenzaba el trajín en el corral yo me limitaba a lavarme la cara con el agua de una palangana llena a rebosar. Después de beber un tazón de leche caliente, lo acompañaba a los campos donde pastaban los animales. Cuando el sol se situaba en lo alto del cielo, solíamos sentarnos y comer, generalmente pan, queso, chorizo y tocino. Entonces Vicente me contaba los secretos para ser un buen pastor.

—Miguel, te voy a enseñar a silbar. Tienes que meter estos dos dedos entre los labios y soplar muy fuerte. Es muy importante para llamar al perro y al ganado.

De esos largos paseos, lo que más me gustaba era ver desaparecer el sol por detrás de la sierra. Me quedaba embelesado con el resplandor de unos crepúsculos

bellísimos, llenos de todos los colores. Hasta que me hacía pisar tierra la voz ronca de mi hermano:

—No te quedes así, como un pasmarote. Que todavía tenemos que volver al corral, ordeñar y repartir la leche.

En la parte alta del pueblo me conocían como el Cabrerito, pero, con cuatro años y medio, pocas responsabilidades podía tener. Acompañar al campo a mi padre, o a Vicente, era casi un juego divertido, como también lo era ver ordeñar a los animales y recorrer las calles aledañas a la nuestra para repartir la leche. Ése era mi pequeño mundo al que más tarde se añadieron Concepción y Josefina, que acrecentaron el trabajo de mi madre y debilitaron aún más su cuerpo enfermizo. Estas dos nuevas hermanas convirtieron a Elvira en adulta antes de tiempo. Al tener que desempeñar el papel de una segunda madre, apenas tenía tiempo para salir a jugar en la calle, por lo que nuestra casa venía a ser el principio y el fin de todos sus mundos, de todos sus sueños. Una noche, en el patio, mecidos por una luna llena que dibujaba entre los árboles sombras casi fantasmagóricas, apretó mis manos y me dijo con una gran sonrisa:

—¿Sabes, Miguel, que pronto vas a ir a la escuela?

—¿Seguro...?

—Pregúntale a Vicente.

Mi hermano, que en ese instante salía al patio, confirmó las palabras de Elvira.

—Oímos cómo nuestro padre se lo decía a madre. Van a apuntarte en la escuela que hay al lado de la

tahona de los Fenoll. Padre quiere hablar el domingo con don Jesús, el maestro.

Nuestro padre era creyente declarado, aunque se mantenía a bastante distancia de las obligaciones que la Iglesia imponía. Iba a misa los domingos en los que el trabajo se lo permitía y apenas guardaba las fiestas religiosas. «El ganado no sabe de fiestas. El campo puede esperar un día, las tiendas dos, pero los animales ni medio», decía cuando alguien le recriminaba su falta de asistencia a los actos religiosos, que en Orihuela tenían una dimensión social fuera de toda duda. El lugar que sí frecuentaba era el Colegio Santo Domingo, donde colaboraba en el cuidado de un pequeño rebaño de cabras que suministraban leche a los religiosos y a los alumnos de su internado, chavales procedentes de familias adineradas de toda la comarca.

El siguiente domingo, padre se levantó con especial buen humor. Vistió su mejor traje y no esperó el tercer toque de campana para acudir a misa de diez. Sabía que don Jesús cumplía a esa hora sus obligaciones de católico devoto y pensó que tal vez la salida de la iglesia era el mejor momento para abordarlo y plantearle el deseo de que yo ingresara en el Colegio Nuestra Señora de Monserrate. Vicente y yo los vimos hablar después de la misa. Su conversación fue breve: mi padre pagaría seis reales al mes a cambio de que me enseñaran a leer, escribir y las cuatro reglas.

Ese mismo día, durante la comida, padre nos comunicó a todos su conversación con don Jesús.

—A ser pastor se aprende con las ovejas —añadió—, pero no está de más conocer las letras y las cuentas para llevar mejor los negocios de la familia.

El diecisiete de mayo comencé a acudir al colegio de Monserrate. Mi primer día de clase fue casi un acontecimiento familiar. Mi madre me puso la mejor ropa del armario: una camisa blanca recién planchada que sólo había usado en otra ocasión y un pantalón corto de paño que se deslizaba apenas medio palmo por debajo de las rodillas. Padre casi nunca sonreía ni tenía palabras generosas, pero solía dar mucha solemnidad a los asuntos que consideraba importantes y, al parecer, mi primer día de escuela lo era.

—Espero —dijo— que aproveches el tiempo y aprendas bien todo lo que te enseñe don Jesús.

Y, como si depositara en mis manos el objeto más importante, me entregó un viejo cabás de material en cuyo interior había puesto dos lapiceros, una goma de borrar, un cuaderno de hojas de doble raya y una cartilla de caligrafía.

—Ahora almuerza deprisa y vete al colegio. No llegues tarde.

Padre y Vicente salieron con el ganado. Oí cerrar la puerta del establo y cuando el ruido del rebaño se perdió calle arriba me levanté de la mesa y, después de lavarme las manos y la cara con agua del pozo, salí a la calle. El colegio estaba apenas a doscientos metros de casa, pero Elvira se empeñó en acompañarme hasta la misma puerta. Allí esperaba don Jesús. Me asignó sitio

en un pupitre y, cuando el aula estuvo llena, después de gritar varias veces que calláramos, hizo estallar su mano contra la mesa. Retumbó un golpe seco y se hizo el silencio más absoluto. Entonces, con voz pausada y potente, pidió que me acercara al estrado.

—Os presento a Miguel Hernández Gilabert, desde hoy vuestro nuevo compañero. Algunos lo conoceréis porque vive en este mismo barrio. Es su primer día de colegio y espero que todos vosotros le ayudéis para que aprenda pronto el don de las letras y los números. También deseo que, con la ayuda de Dios y de Nuestra Señora de Monserrate, seáis un ejemplo de conducta para él. ¡De pie! En el nombre del Padre —todos se levantaron y se santiguaron; yo también dibujé sobre mi pecho el signo de la cruz—, del Hijo y del Espíritu Santo. Padre nuestro que estás en los cielos...

Aunque la disciplina era rígida y los guantazos aterrizaban en nuestras caras por el menor despiste, muy pronto descubrí que el mundo de las letras era algo mágico, un verdadero milagro que me permitía poner en un papel el nombre de las cosas que pasaban por mi cabeza, que sentía o vivía. Eran como pequeños dibujitos y cuatro de ellos querían decir *vaca* o *casa*; y con seis podía escribir a todo el mundo que mi hermana se llamaba *Elvira*. Este descubrimiento me hizo tan feliz que durante mi permanencia en el colegio no falté ni un solo día a las clases de don Jesús. Juntaba palabras y construía frases que por las tardes, al llegar a casa, seguía leyendo y volviendo a copiar. En mi casa no había ningún libro.

Mi padre me sacó del colegio diez meses después. Fue un verdadero mazazo, pero había tomado esa decisión y no hubo forma de que la reconsiderara. Adujo únicamente que en casa había demasiado trabajo y no le faltaba parte de razón: a las obligaciones del ganado había que añadirle las continuas enfermedades de mis hermanas menores. Una de ellas murió al poco tiempo de nacer. Yo apenas podía entender lo que de verdad significaba la palabra *muerte*, pero los gritos angustiosos de madre ante el cadáver de la pequeña y los ríos de lágrimas que manaban sin cesar de los ojos de Vicente y Elvira eran más que suficiente para que se me contagiara la pena. A padre no lo vi llorar; era quizás su forma de manifestar entereza y dar a entender que la vida continuaba para los demás, y que era necesario afrontar las calamidades de la mejor manera posible. Yo comencé a notar la ausencia de mi hermanita días más tarde, cuando el silencio se prolongaba sin escuchar sus llantos...

También echaba de menos las clases de don Jesús y los minutos de recreo jugando al fútbol con los otros chicos. Regresé con Vicente a los prados, donde nos tumbábamos y hablábamos de nuestras cosas mientras el sol recorría el cielo. De vez en cuando mi hermano me decía el nombre de alguna planta y si tenía o no alguna utilidad como alimento o medicina.

—¡Espera, que voy a apuntar los nombres que me digas!

—¿Has traído un cuaderno?

–Sí, me gusta escribir palabras... Y a ti, Vicente, ¿no te gustaría ir a la escuela?

–Sí, pero la escuela vale muchos cuartos –fue su respuesta–. Hay que pagarla y nosotros somos muchos de familia. Además..., tampoco sirve para tanto si luego tienes que dedicarte al pastoreo.

Mi padre seguía colaborando con los jesuitas del Colegio Santo Domingo. Algunos religiosos trataban de convencerlo para que me matriculara en las Escuelas del Ave María que, desde hacía poco tiempo, habían abierto sus puertas en Orihuela. Estaban situadas en un terreno aledaño al colegio religioso y tenían la particularidad de ser totalmente gratuitas. Tal vez esa insistencia de los religiosos fuera lo que me permitió regresar a las aulas.

–Volverá a la escuela. Todavía no tiene edad para muchas responsabilidades, y una instrucción no le irá mal cuando tenga que negociar y hacer números con los vendedores de ganado.

Don Ignacio, mi nuevo maestro, era un hombre bueno y comprometido que amaba su trabajo. Nos decía que la cultura era la llave de la libertad, pero los chavales poco podíamos entender de esas palabras. Le tomé un gran cariño, lo que sin duda aumentó mis ganas de aplicarme y aprender con rapidez, ya que la amenaza de volver con el ganado pendía sobre mi cabeza como la mayor de las pesadillas. También me hice monaguillo para tener otra ocupación fuera de las horas del colegio. Mi padre respetaba a los

religiosos y me dejaba hacer, sabedor de que en dos o tres años abandonaría la escuela y volvería de lleno al trabajo familiar.

Terminé los estudios primarios con todas las asignaturas aprobadas y ese verano lo dediqué por completo al pastoreo. Fue un tiempo muy duro al pensar que me había despedido para siempre de la escuela. Pero estaba muy equivocado. No había acabado el mes de agosto, cuando se presentaron en casa don Ignacio y un jesuita del Colegio Santo Domingo. Escondido en un rincón del patio escuché cómo trataban de convencer a mi padre para que me dejara comenzar estudios de bachiller en el mismísimo colegio religioso. Mi padre se mostró reacio: Santo Domingo era el centro escolar más prestigioso de Orihuela, un colegio de pago al que sólo acudían los hijos de familias adineradas.

—No, no puede ser —fue su respuesta—. Miguel tiene que ayudarnos, en la casa hay mucho trabajo y hacen falta brazos...

—Pero —insistió el jesuita—, no podemos dejar que se pierda el talento que Dios ha dado a su hijo. Ha sido el mejor alumno del Ave María y nadie podría entender que no siguiera estudiando.

—¿Para hacerlo cura?

—No, Miguel será lo que él mismo desee. Tiene inteligencia suficiente para estudiar cualquier cosa.

Mi padre seguía dudando y no le faltaba cierta razón. Casi todos los alumnos del Santo Domingo eran los futuros médicos, abogados o ingenieros de

Orihuela o Alicante. Al otro lado de una barrera invisible estaban los estudiantes becados, chicos de origen humilde que, después de una educación claramente dirigida, solían pasar a engrosar la lista de religiosos. Y a mi padre no le hacía ninguna gracia que yo me hiciera sacerdote. Pese a todo, lograron convencerlo. Fue otro de los días verdaderamente felices de mi vida.

Y así, el día primero de octubre de 1924, ingresé en un mundo que desconocía por completo: el de las distinciones sociales. Los profesores nos trataban de usted, lo que me sorprendió sobremanera. También tuve que dejar en casa las alpargatas y las camisas anchas y sin cuello. A pesar de todo, casi todos mis compañeros pronto empezaron a considerarme de un modo distinto al ver que mi forma de ser y mis modales no eran los de un señorito como ellos, sino los de un chico que había pasado más tiempo con las cabras que aprendiendo un comportamiento refinado. Sólo mostraron cierta admiración cuando al final del primer trimestre los profesores me dieron las mejores calificaciones en todas las asignaturas. Con mucho esfuerzo y algunas lágrimas, había podido demostrar que no era inferior a ninguno de ellos.

En Santo Domingo conocí a un canónigo de la catedral de Orihuela, don Luis Almarcha, un cura que nunca dejó de animarme, también a mi padre, para que continuara mis estudios de bachiller. Este apoyo no evitó que, en casa, las circunstancias siguieran sus propios derroteros.

–He recibido una carta de Barcelona –dijo mi padre–. Vuestro tío Francisco ha muerto.

Mi tío Francisco era también tratante de ganado y mi padre hacía con él sus mejores negocios de compraventa de animales.

–Su muerte –añadió– me deja sin socio y sin parte del negocio. Tendremos que ajustarnos a esta nueva situación.

Eso significaba ahorrar al máximo, y no tuvo la menor vacilación en despedir al chaval que había contratado para que ocupara mi lugar en el cuidado del rebaño. Don Luis insistió una y otra vez.

–No creo –dijo a mi padre– que su futuro esté entre el ganado.

–Lo necesitamos en casa –fue su respuesta–. Su trabajo aquí es más importante que esos estudios que nadie sabe si algún día podrá acabar. Tiene que entenderlo. No somos una familia rica que pueda llevar a sus hijos a la universidad. Miguel nació cabrero y tiene que seguir siéndolo. Es nuestro negocio, nuestro pan...

–Está bien, está bien... Pero piénselo bien –replicó don Luis–. Estoy convencido de que su hijo Miguel puede tener un porvenir mucho mejor si retoma sus estudios.

Ignoro qué pudo pasar por la cabeza de mi padre y tampoco me atreví a preguntárselo. Lo único cierto es que no regresé con el ganado, sino que me buscó un empleo como aprendiz en los almacenes de ropa El Globo, la tienda más grande e importante de la

ciudad. Mi trabajo consistía en barrer, ordenar las telas y atender cualquier recado que el dueño quisiera encargarme. No era un trabajo difícil, pero a mí me aburría sobremanera; tanto que llegué a añorar el sol y el aire del campo cuando salía a pastorear con Vicente. Al menos con el ganado hubiera tenido tiempo para escribir versos que acudían constantemente a mi cabeza. A los pocos meses un incendio destruyó los almacenes y de nuevo me vi abocado al empleo familiar. Parecía que el destino estaba empeñado en orientar mi vida de esa manera.

Vicente no entendía que llevara en el morral algunos libros prestados por el canónigo don Luis, ni que perdiera el tiempo leyendo cosas que no servían para nada: poesías y más poesías que a mí me acercaban a mundos mágicos. También le extrañaba que por las tardes, cuando teníamos que repartir la leche, yo le propusiera separarnos y seguir rutas distintas.

—¿Por qué no vamos juntos? —era su eterna pregunta—. Es más entretenido si el trabajo lo hacemos a medias.

—Así terminamos antes.

—¡Bah! Tú y tus rarezas...

Lo que no le dije fue que la elección de mi ruta tenía mucho que ver con el Café de Levante. Al llegar frente a sus puertas me entraba en el cuerpo un cosquilleo muy especial. Dejaba la lechera y el medidor a la entrada del bar y me acercaba al mostrador donde se acumulaban periódicos y revistas. Recibían

el diario *ABC* de Madrid y algunas revistas locales. Miraba las fotografías, pero sobre todo me detenía en las poesías que se publicaban en *La Lectura Popular*, o en las pequeñas obras de teatro que aparecían en la revista *La Farsa*. Ver aquellos textos impresos en papel era como acariciar el mejor de mis sueños: había comenzado a escribir de una manera continuada mis primeros versos. Aunque lo mío sólo eran pequeñas poesías que, imitando el ritmo de las que leía en las revistas del café, dedicaba a lo que me rodeaba: cosas muy simples, pero que ninguno de mis amigos del barrio entendió.

—Es que escribes cosas muy raras, Miguelico —me dijo una vez Meno, otro joven cabrero y uno de mis mejores amigos—. La gente no habla así.

—Ya lo sé. Ningún escritor de poesías lo hace. Los versos son otra cosa. Creo que con las poesías podemos...

—Nosotros sólo sabemos de cabras y de sudor —replicó Meno sin dejarme acabar la frase—. Las poesías son para los ricos..., para la gente que puede perder el tiempo.

—O no... —fue mi respuesta.

Mi padre pensaba como Meno: no podía entender que empleara horas y horas con libros que nada me aportaban.

—¿Y qué es eso de la poesía? Un pasatiempo de la gente bien que no sabe lo que es deslomarse con el trabajo.

Su aseveración fue tan tajante que no tuve otra opción que la de esconder las revistas atrasadas que me prestaba el encargado del Café de Levante. Lo que resultaba más difícil de ocultar eran los libros de la Biblioteca Pública. Me llevaba prestados algunos, a pesar de que doña Inocencia, la encargada, me recriminara más de una vez que los devolviera con alguna mancha de grasa o con restos de tierra entre sus páginas.

—Es que los leo en el campo, cuando estoy con el rebaño.

Pero doña Inocencia no era mujer demasiado comprensiva. Le daba a los libros un carácter casi sagrado y por esa razón debían volver a sus estantes tan impolutos como habían salido de ellos.

Un día me encontré con el canónigo don Luis. Éramos vecinos. Seguía empeñado en convencer a mi padre para que me permitiera volver a los estudios. Me invitó a pasar a su casa y me condujo a su despacho particular.

—¿Quieres un vaso de agua o una gaseosa? —me preguntó.

No oí sus palabras. Estaba embelesado contemplando tres paredes enteras recubiertas, prácticamente forradas, de libros.

—¡Don Luis —exclamé—, aquí tiene que haber por lo menos mil libros!

El canónigo sonrió.

—Hay casi dos mil quinientos.

—¡Dos mil quinientos! —volví a exclamar—. ¿Y se los ha leído todos?

—Casi todos. Muchos son tratados de teología que te aburrirían. Pero también hay novelas, teatro, poesía... Algunos cuentan historias maravillosas que sin duda te encantarían.

—¡Ya lo creo que sí!

—Si lo deseas puedes venir cuando quieras, coger el libro que te guste, te lo llevas a casa y cuando lo termines de leer tomas otro.

—¿Lo dice usted de verdad?

—¡Claro que sí, el saber hay que compartirlo! Si me dices cuáles son tus gustos, yo puedo aconsejarte algunos títulos.

—¿De verdad...?

—Sí, pero no olvides que tan importantes como los libros o el trabajo son tus amigos. Podrías formar un grupo de lectura.

Don Luis desconocía la otra parte de mi vida. Yo tenía algunos amigos, pero no eran precisamente los encorbatados compañeros del Colegio Santo Domingo. Los míos eran los chicos del barrio, de buen corazón aunque nunca hubieran cambiado la pedrada a un gorrión por unos versos de Antonio Machado, el poeta que más me gustaba. Gente con buen fondo que disfrutaba gastando bromas, echando una partida al dominó y, sobre todo, jugando al fútbol. Habíamos montado un equipo que bautizamos La Repartidora. El origen de ese nombre era sencillo: cuando nos reuníamos, si alguien podía llevar algo para comer, lo repartíamos entre todos. Los jugadores de dos equipos vivíamos en la zona alta

del pueblo y nos enfrentábamos casi todos los domingos, pero *los repartidores* disfrutábamos de verdad cuando jugábamos con un rival que se nos había metido entre ceja y ceja: era el equipo de Los Yankees, formado por chavales que estudiaban en el Colegio Santo Domingo.

Necesitaba a esos amigos como se necesita el agua para vivir. Algunos trabajaban en su propia casa, pero la mayoría prestaba su fuerza a cambio de un escaso jornal que nunca les habrá de sacar de la miseria. Se referían al *amo* cuando hablaban de los propietarios de las tierras o animales que cuidaban y apenas tenían otro horizonte que hacer de sus vidas algo mínimamente llevadero. Nunca les conté que ya tenía escritas más de cien poesías dedicadas al campo, a la higuera del patio de mi casa, a la Virgen de Monserrate.

Don Luis fue la primera persona que leyó mis poemas. Estaban escritos en un cuaderno escolar, a lápiz, y sólo me atreví a mostrarle los pocos que había logrado pasar a limpio con plumilla. Yo temblaba mientras él leía mis versos. Más que una opinión objetiva deseaba una frase de aliento que me animara a continuar.

—Oye, Miguel —dijo levantando la vista del cuaderno—, esto está muy bien. Tienes imaginación y me gusta el aire que das a las cosas más sencillas. Debes seguir escribiendo, pero también aprendiendo de los grandes creadores. Para ello sólo hay un camino: la lectura de los clásicos.

—Don Luis, me leo todas las poesías que aparecen en las revistas que llevan al Levante. Y las del *ABC*...

—¿Tienes libros en tu casa? —me preguntó.

—Ni uno, don Luis. Sólo los que usted me deja y que tengo que esconder. Los leo en el campo y por las noches, cuando todos están durmiendo.

—Luego te haré una selección de libros de buenos autores. Seguro que aprenderás mucho de ellos.

—Muchas gracias, don Luis. A veces también cojo libros prestados de la Casa del Pueblo.

—¿De la Casa del Pueblo...? Seguro seguro que allí no encontrarás las lecturas más apropiadas, sino cosas que te podrían alejar del recto camino. —Don Luis se puso muy serio.— No vuelvas a hacerlo. Yo te dejaré los libros más apropiados, todos los que desees.

Don Luis me enseñó su máquina de escribir. Nunca había tenido tan cerca uno de esos objetos y me quedé boquiabierto ante el invento capaz de reproducir las letras como si fueran de imprenta. Era algo mágico e inalcanzable que sólo había visto en la oficina de los almacenes El Globo. Y allí la tenía ante mis ojos, con su tampón entintado, las teclas redondas en varias hileras... Un objeto que en aquellos momentos hubiera cambiado por cualquier cosa.

—¿Te gusta...? —inquirió don Luis.

—¡Claro que me gusta! ¡Quién pudiera tener una igual...!

—Cuando lo desees acércate por casa, practica un poco y pasa a máquina tus poesías. Seguro que incluso a ti te parecerán mejores —y don Luis comenzó a reír.

–Muchas gracias... Ahora me voy, que se ha hecho un poco tarde. Mi hermano habrá terminado de ordeñar y tenemos que ir a repartir la leche.

–Está bien. Vuelve cuando quieras, Miguel.

Al terminar de repartir la leche, de regreso a nuestra casa, pregunté a Vicente:

–¿Por qué a don Luis le molestará que vaya a la Casa del Pueblo? Allí me dejan leer revistas y libros. Cuando nosotros acabamos de trabajar, doña Inocencia ya ha cerrado la Biblioteca Pública.

–No lo sé..., don Luis no es demasiado amigo de esos lugares donde se reúnen los trabajadores. Él es más del Casino Orcelitano. Será por eso.